

## **Capítulo 1**

### **LA CIUDAD SOBRE LA COLINA**

**José María Peredo Pombo**

**José María López Carrillo**

El primer martes siguiente al primer lunes de noviembre del 2008 los ciudadanos de los EE UU escribieron muy probablemente una de las páginas más trascendentales de la historia de su nación al elegir como su presidente a un compatriota afroamericano. Es un hecho que tiene la apariencia de ser percibido en la Historia como revolucionario, como lo fuera el nacimiento de aquella nación, con profundas consecuencias para la historia contemporánea del resto de los pueblos del planeta. En el siglo XVIII, el pueblo americano alumbró la primera democracia moderna, un asunto interno al fin y al cabo, pero que zarandó el viejo orden en toda Europa y América. Ahora, en el siglo XXI, otro asunto interno de carácter rutinario esta vez, como es la elección de un presidente para los siguientes cuatro años, puede que no transforme de manera radical el orden mundial, pero sí afectará a las conciencias de todos, precisamente por su naturaleza, y desde luego, no será intrascendente para los EE UU que un hombre de color y con raíces africanas similares a las de los esclavos de las colonias y de los primeros tiempos de la historia norteamericana — hombres despojados de los derechos humanos constitucionales porque no eran considerados tales sino medios de producción y, por tanto, meros objetos de compraventa sujetos al derecho de propiedad de sus compradores —, asuma en 2009 la misma responsabilidad para reformar la nación desde la presidencia que recibiera por primera vez George Washington en 1796 para conformarla.

Sólo han pasado 213 años entre estos dos momentos, apenas unos minutos en el reloj de la Historia, en el transcurso de los cuales, aquella república recién nacida se fue convirtiendo en el país más poderoso de la tierra. Pero tan espectacular desenvolvimiento es la respuesta de un pueblo a un desafío del destino que no podía estar exento de trabas y fracasos, errores y heridas, ambiciones y renunciaciones, incomprendimientos y dudas, injusticias y atropellos. Por ello, la historia de Estados Unidos no puede dejar de ser la obra de un pueblo fuerte y vigoroso, con fe en sí mismo y en los principios en que basa su existencia y su modo de vida para vencer dificultades. La

razón de esa fuerza y ese vigor la hemos de buscar en la permanencia de unos valores y referentes que están en su fundación y perduran entre vicios y virtudes, que impregnan a la sociedad, salvaguardando las libertades y celando por sus identidades pero posibilitando la crítica y la corrección, y se reflejan, como no podía ser menos, en su producción cultural y en la imagen que proyecta al exterior. La sociedad norteamericana, ha demostrado a lo largo de su historia gran vitalidad y paciente confianza en sí misma y en sus genuinas instituciones; no ha cesado de evolucionar afrontando, asumiendo y superando problemas de todo tipo, entre ellos, sin duda, el más doloroso por inhumano, el de la segregación social por motivos del color de la piel aun después de abolida la esclavitud.

Por eso percibimos como trascendente lo acontecido en las elecciones que han llevado a Barak Hussein Obama, con su esposa Michelle y sus dos hijas, a la Casa Blanca. Por eso la historia de la democracia americana es una historia asombrosa a la par que admirable, porque nos brinda así otra gran lección, ahora sobre lo más noble que podemos esperar de una democracia como la norteamericana: la capacidad de superación de las propias miserias. Por eso, y por encima del acierto o desacierto en la elección del nuevo Presidente — sólo su éxito o fracaso en el ejercicio del poder al frente de la nación dilucidará tal cuestión —, como preámbulo a la historia que se cuenta en este libro sobre el proceso electoral que le llevó primero a la nominación por el Partido Demócrata y luego a la victoria frente al rival republicano, parece oportuno hacer una reflexión sobre esos valores, cultura e imagen que proyecta el pueblo americano, auténtico protagonista que posibilitó tal historia, para ayudarnos a comprenderlo, a entender cómo ha sido posible en la época contemporánea, que unos hombres y mujeres libres, unidos por sus creencias o por sus aspiraciones, hayan sido capaces de crear unas comunidades que se agruparon en torno a trece colonias pertenecientes a la Corona Británica, de la cual se desligaron políticamente a finales del siglo XVIII para construir un país nuevo, cómo esta joven y pujante sociedad se ha fortalecido en sus convicciones y ha sabido asentar sus instituciones y valores a través de la literatura, la prensa escrita o los medios de comunicación audiovisuales, muy concretamente el cine.

Las temáticas y técnicas narrativas de los escritores de la primera oleada de literatos de mediados del siglo XIX, significaron la verdadera plasmación de un espíritu genuinamente americano en las páginas de las primeras grandes obras literarias y más tarde en las películas que afrontaron las mismas historias, muchas veces a través

precisamente de sus adaptaciones. Sin embargo, hubo también escritores que en la primera mitad del siglo pasado percibieron los costes humanos y sociales del progreso de los Estados Unidos y que constituyen, muchas veces, el reverso del cine propagandístico que ha caracterizado a la industria de Hollywood.

Para realizar este complejo análisis vamos a establecer una serie de principios en torno a los cuales los Estados Unidos se constituyeron en 1776, cuando los representantes de las trece colonias firmaron la Declaración de Independencia redactada por Thomas Jefferson. Estos principios, tal y como vamos a exponer, serán en la época de expansión continental del país y de su desarrollo económico durante el siglo XIX, las ideas motrices que permitirán la consolidación del espíritu nacional americano. En el siglo XX, el intento de universalizar estos principios en la sociedad internacional, convertirá a los Estados Unidos en la primera potencia mundial pero también abocará a los norteamericanos a participar en conflictos bélicos, asumiendo como propio el destino de la historia y de la libertad de los pueblos.

Resumimos en cinco estos valores que, a la par que ilustran sobre la vitalidad de la sociedad americana, esconden asimismo las principales actitudes sociales y políticas que ensombrecen, que ensangrientan también, la historia y el comportamiento de este pueblo. Estos cinco principios son: la defensa de la libertad individual; la fe en el sistema democrático; la aplicación del liberalismo doctrinal; la mitificación de la tierra y la participación a través de la opinión pública.

#### 1.1. La defensa de la libertad individual

Los Estados Unidos no tienen el origen mitológico de la civilización griega, ni el origen divino del pueblo judío, ni el origen monárquico y católico de España, Francia o Inglaterra, ni la originaria grandeza nacional de Alemania. El origen de los Estados Unidos está en unos hombres de diferentes procedencias, de creencias diversas, que se embarcaron hacia los territorios de las *Plantations* británicas en el continente norteamericano con la esperanza de conseguir una vida más libre y con la voluntad de crear una sociedad nueva y más justa. Unos hombres conscientes de las dificultades que conllevaba enfrentarse a un mundo desconocido, pero que poseían en su espíritu la fe en un Creador y la certeza de emprender un camino que les permitiría desarrollar su libertad individual. En 1630, uno de aquellos hombres, John Winthrop, líder de los 700 puritanos que se dirigían en barco a Nueva Inglaterra, pronunció un sermón ante los esperanzados colonos que tituló: “Un modelo de caridad cristiana”. En una parte de aquel discurso decía: “[...] el Señor será nuestro Dios y gozará de habitar entre

nosotros como su propio pueblo y mandará sobre nosotros una bendición en todas nuestras sendas...cuando él haga de nosotros una alabanza y gloria que sea de recordar por los hombres de las futuras plantaciones; el Señor la haga como Nueva Inglaterra [...] los ojos de todos los pueblos están sobre nosotros, así que si en esta obra tratásemos con falsedad a nuestro Dios [...] seremos un relato y como un proverbio para el mundo... haremos caer la vergüenza sobre los rostros de muchos dignos siervos de Dios” (Boorstin, D. J. (1997): pp. 30-31).

Winthrop enfatizó la importancia de la misión de aquellos *peregrinos* en pos de su libertad diciendo: “debemos considerar que seremos como una ciudad sobre una colina, los ojos de todo el mundo nos miran”.

Unos hombres por tanto que asumían un destino común y trascendente en aquella tierra a la que se dirigían, como se aprecia en la película *Los Inconquistables* de Cecil B. de Mille, donde, un siglo después de que fueran pronunciadas estas palabras, los colonos se organizan en milicias y luchan por sus territorios en el siglo XVIII, aunque aún bajo la tutela de las autoridades británicas.

Aquel destino común tuvo en sus orígenes unas raíces cristianas y puritanas. Pero antes y después, cuáqueros, metodistas, católicos, judíos, polacos, italianos o asiáticos se embarcarían durante tres siglos en los barcos que ponían proa a esta tierra de libertad. Son hombres, no Reyes, ni Héroes, ni Dioses, quienes firman el primer Manifiesto del *Mayflower* en 1620; quienes redactan y firman la Declaración de Independencia en 1776, las Cartas de Derechos en diversos Estados independientes americanos, la Constitución de 1789, y todos aquellos textos originales sobre los que se empieza a elaborar la idea de América. Los padres de esta patria son hombres libres y corrientes, morales y cultos, granjeros, comerciantes y religiosos.

Colonos primero, que se asientan sobre la nueva tierra, y pioneros después, que se lanzan a la conquista de los vastos territorios sobre los que se irán asentando también las libertades individuales que les impulsaban y que anhelaban: la libertad de culto, la libertad política, el derecho de propiedad, la libertad de asociación entre ellos, la libre iniciativa, el libre comercio con sus bienes. Una verdadera cultura de la libertad individual que no abandonará nunca a la sociedad americana. Y de alguna manera, en la noche electoral de noviembre de 2008, la ciudad de Chicago volvió a convertirse de nuevo en “la Ciudad sobre la colina” a la cual todo el mundo observaba cuando Barack Obama subió al estrado de la victoria para agradecer cada uno de los votos individuales que le habían otorgado... Millones de hombres y mujeres norteamericanos.

Esta cultura peculiar de los Estados Unidos no empieza a conformarse hasta la gran eclosión de la Independencia, al compás de ella. No es hasta entonces cuando la inspiración y las letras se desembarazan de las ataduras a que las sometía el austero espíritu del calvinismo y el puritanismo inglés y comienza a formarse una literatura norteamericana propia. Su primer exponente es J. Fenimore Cooper (1789-1851), a veces llamado el Walter Scott estadounidense, porque sus héroes son los pioneros de los bosques y las praderas, enfrentados en soledad a un medio hostil, sin triunfos en la mano, con el hacha y el rifle. En sus obras hay una inclinación a lo idílico en la contemplación del pasado, con la consiguiente idealización del rebelde asilvestrado dispuesto a rechazar la incipiente civilización. Es el tema de *Los Pioneros* (1823), primer título de la célebre serie *Leatherstocking Tales*. Pero en la obra de Cooper hay también una defensa de lo nacional en contraposición con lo europeo, pues él mismo es un pionero de las voces que identificarían el nuevo territorio con caracteres propios, con patente de americanismo. Su novela *El último mohicano* (1826), a modo de testimonio histórico, fue llevada al cine por Michael Mann en una versión que se concentra en reflejar la relación de amistad entre los nativos americanos y los nuevos pobladores, que encontraban enemigos y emprendían proyectos de vida comunes en los territorios que compartían. También Hawthorne (1804-1864), otro de los fundadores de la literatura americana, reflejó en su narrativa los tiempos de la colonización, centrándose en el siglo XVII y en la sociedad de Nueva Inglaterra. Su arraigado espíritu puritano y propósito moral quedan reflejados en sus obras maestras *La letra escarlata* (1850) y *La casa de los siete tejados* (1851). La primera fue llevada al cine en 1995 por Roland Joffe.

Estados Unidos nace a finales del siglo XVIII como un pequeño país de apenas cuatro millones de habitantes. Pero en solo 50 años pasó a tener una población de 23 millones, muy concentrada demográficamente en los estados del noreste (Nueva York, Pennsylvania, Massachussets, etc.). Aunque en esa primera etapa de expansión hubo inmigración inglesa, alemana o irlandesa (a partir sobre todo de la crisis de la patata de 1845), el crecimiento demográfico se debió principalmente a la población nativa, es decir, ya americana. Población que se había instalado en pequeñas comunidades locales, agrupándose por su confesión religiosa, por su procedencia o por su actividad laboral.

En líneas generales, se trata de un marco social rural y localista en sus intereses y comportamientos, en el que se inspiraba un ambiente marital, familiar y una austera moralidad, que se ve plasmada de forma extrema en la comunidad cuáquera pintada en *La gran prueba* de William Willer, donde los principios pacifistas y morales son

puestos a prueba en el violento momento de la guerra de Secesión que moviliza a todo el país. En este marco, la prédica puritana llegó a desatar movimientos de histeria colectiva, como fue el que condujo al proceso por brujería de Salem (Massachussets) en 1692 que llevó a la muerte a veinte mujeres. Es el único proceso de este tipo en la historia de EE UU, pero retomado por A. Miller en su obra *Las brujas de Salem*, para relacionarlo con ese otro periodo de histeria persecutoria de enemigos que fue el macarthismo en la primera mitad de la década de 1950.

Es en éste ámbito general en el que se consolida la figura del pionero, el cual se instala en un terreno de su propiedad a partir del cual progresa en el desarrollo de actividades primarias (agricultura, ganadería) y en el comercio. La figura del pionero es, en buena medida, sustituida en la segunda mitad del siglo XIX por la del inmigrante, que llega a una sociedad industrial emergente y, en este caso, se instala preferentemente en grandes núcleos urbanos forjados precisamente gracias a la llegada de esas oleadas migratorias. La película *Gangs of New York*, de Martín Scorsese (2002), ofrece con toda su violenta crudeza, los conflictos urbanos que vivían estas minorías de inmigrantes (irlandeses en este caso) en lucha permanente con otras bandas organizadas de los denominados nativistas, o sea, autóctonos en la naciente sociedad americana. Infinidad de películas producidas en Hollywood han recogido las circunstancias, tantas veces complejas, en las que se producían estos tránsitos de individuos y familias de uno a otro continente. Otro ejemplo es el film dirigido por Ron Howard, *Un horizonte muy lejano*, que ha planteado, en concreto, las peripecias que sufre una pareja (aún no constituida) de irlandeses de diferente clase social, cuando llegan a Boston como inmigrantes y cuando posteriormente se trasladan al Oeste para participar en la carrera por el reparto de posesiones en Oklahoma.

Es muy habitual en las campañas presidenciales y en otro tipo de eventos políticos, que los oradores hagan referencias constantes a ese pasado emprendedor y multicultural. En la campaña de 2008, tanto el candidato republicano, John McCain, como el senador de Illinois han incorporado numerosos argumentos en sus discursos destacando el carácter integrador de las minorías que subyace en la idiosincrasia de la sociedad norteamericana. En este sentido, el candidato vencedor ha sabido hacer valer su biografía y sus mensajes de cambio, unidad e integración de manera muy convincente y ha obtenido la confianza de una parte considerable de los votantes de las principales minorías étnicas de los Estados Unidos. Al igual que otros Presidentes con anterioridad, Obama ha sabido transmitir la idea de que él sería un presidente orgulloso de ejercer

como principal representante de una sociedad diversa y unida a través de sus individuos en torno a una nación con un pasado y un futuro vigorosamente común.

Entre 1870 y 1920 entraron en el país 20 millones de inmigrantes procedentes de diferentes rincones de Europa y de algunos países asiáticos. La población total pasó en ese periodo de algo más de 30 millones, un número ya considerable, a 105 millones de habitantes, convirtiendo el enorme territorio americano en una gran nación también en términos demográficos. Los grandes granjeros y los poderosos ganaderos de la época jeffersoniana y jacksoniana dejaban de ser los símbolos vivos de los exitosos pioneros mientras se abrían paso los nuevos *self-made-men*, empresarios que lograban su triunfo personal al amparo del imparable progreso industrial que bañaba las orillas de los dos océanos. El progreso económico del último tercio del siglo XIX que se extiende cíclicamente hasta la gran Depresión de 1929 y que prosiguió después de la segunda Guerra Mundial es el fenómeno que explica como ningún otro la solidez del individualismo como principio de comportamiento que busca el éxito y la promoción individual con la única limitación de la capacidad personal y el trabajo de cada uno. Los prohombres de aquella etapa: Morgan (banca), Vanderbilt (ferrocarril), Carnegie (siderurgia), Rockefeller (petróleo), Hearst (prensa), Ford (automoción), añadían a la filosofía individualista, la voluntad de extender sus empresas, de aumentar su capital, de concentrar su riqueza en grandes corporaciones (trusts) para poder acaparar más mercados. El éxito individual es llevado a su máxima expresión en el marco de una sociedad capitalista que comenzará a tejer sus hilos internacionales en el siglo XX, en el que nombres como Kennedy, Turner o Gates seguirán alimentando el mito del sueño americano. Quizá como pocas, la película *Gigante* de George Stevens, muestra una historia que enfrenta a un representante del éxito tradicional, asentado sobre las vastas explotaciones ganaderas del estado de Texas, con otro hombre que representa el ascenso económico fulminante de un individuo, en este caso, presa de sus ambiciones y de sus frustraciones personales que el éxito no consigue apaciguar. Rock Hudson y James Dean dieron vida a esa pugna, símbolo también, aunque ciertamente maniqueo, de las dos caras que esconde ese mítico sueño americano.

Scott Fitzgerald (1896-1940), el más típico representante de la literatura americana de los felices años 20, uno de los componentes de la llamada “generación perdida”, aborda este tema desde un punto de vista crítico en su novela *El gran Gatsby* (1926) — también llevada a la pantalla en 1974 por Jack Clayton —, donde el esplendor del mundo de los ricos acaba en tragedia. El sueño decimonónico del progreso había sufrido

un golpe mortal con la I Guerra Mundial y se produjo una toma de conciencia social, que es el signo que marca la literatura de esta generación en los veinte. Un signo que se acentuó cuando se produjo el *crack* del 29 con sus dramáticas secuelas sociales.

Entonces y ahora, este feroz individualismo ha generado una férrea contrapartida en la sociedad de este país: el sometimiento del ciudadano medio al dictado del poderoso que le impone sus criterios.

Ocurrió en los territorios del lejano Oeste donde los grandes pioneros imponían su ley ante la falta de instituciones consolidadas, situación frecuentemente retratada en el cine y, de forma magistral, por W. Willer en *Horizontes de grandeza*: el contraste del joven del Este con el rudo mundo del Oeste en el que dos viejos colonos dictan su ley y arrastran a sus familias a una verdadera guerra civil por un problema de derecho al uso de las aguas. Y vuelve a ocurrir en la sociedad industrial del XIX y el XX, en la que el poderoso capitalista oprimía los esfuerzos laborales y empresariales del ciudadano medio americano, representado éste por actores como James Stewart, en historias tan populares como el film *Qué bello es vivir* de Frank Kapra.

La capacidad de influencia de los grandes capitalistas y de las grandes corporaciones se manifiesta también en los ámbitos políticos. Los famosos *lobbies*, a los que haremos referencia en este libro, son una verdadera estructura de intermediarios entre los intereses de los grupos económicos y de presión y los representantes políticos y gobernantes, como podemos apreciar en la película de Otto Preminger *Tempestad sobre Washington*, una disección crítica de los entresijos del poder en la capital, el centro de las decisiones políticas.

La sociedad americana, con sus valores y contradicciones es objeto de otras disecciones críticas, duras y pesimistas, en tres novelas de finales del siglo XX que fueron acogidas con polémica y escándalo. Nos referimos por ejemplo a *La conjura de los necios* (J. Kennedy Toole, 1979), *American Psycho* (B. Easton Ellis, 1986) y *La hoguera de las vanidades* (Tom Wolfe, 1985). La primera causó una gran polémica que vino alimentada por el hecho de que el libro fuera publicado diez años después del suicidio de su autor, desesperado por el rechazo de su manuscrito en las editoriales. Un manuscrito que contenía una feroz sátira social construida a través de la peripecia personal del protagonista, un tipo entre pícaro y filósofo. En la segunda, al autor se asoma a la sociedad norteamericana de los años ochenta a través de una lente monstruosa que nos explica la miseria moral absoluta en la vida cotidiana de un triunfador. El triunfo conlleva un consumismo deshumanizante tal que el triunfador



despeña su alma por abismos que le llevan al crimen como un frío pasatiempo para soportar el vacío de seguir viviendo. Esta historia ha sido trasladada a la pantalla en 2000 por Mary Harron. Ellis escogió para su novela el escenario del mundo financiero, tal y como lo había hecho unos años antes Tom Wolfe con la suya, a la que en cierto modo complementa en cuanto a la finalidad crítica que comparten, pero Wolfe no entraba en la sordidez de la cotidianeidad de sus personajes. También fue llevada al cine por Bryan de Palma en 1990.

El teatro de Tennessee Williams expone también ese sentimiento amargo del hombre corriente cuando soporta la tiranía del opulento, que genera un largo y callado recelo, o una, de otra forma inexplicable, rebeldía. En definitiva es el hombre adorado, mitificado, que se convierte en ocasiones en el peor de los reyes... en el peor de los dioses.

Precisamente en octubre de 2008, en plena campaña electoral, ha terminado por manifestarse de forma generalizada en todos los sectores productivos de la economía una fuerte recesión, antesala probablemente de una prolongada depresión, que había empezado a detectarse en el sector financiero en 2007 y que vuelve a poner en cuestión un modelo de progreso que ha derivado en la persecución por parte del individuo de la riqueza y el poder, al margen de códigos morales en algunos casos — o simplemente de prudencia — en la gestión individual y el liderazgo de determinados negocios. Es un nuevo desafío al pueblo americano: afrontar los cambios que se harán necesarios, los cuales apuntan a una revisión de la acción reguladora y supervisora del gobierno que la refuerce en defensa del interés público, pero que habrán de hacerse sin merma del principio de la libertad individual, valor innegociable y políticamente prioritario en la historia del país. En otro caso, la sociedad americana podría cuestionar las expectativas de cambio sobre las que el candidato demócrata ha construido su campaña electoral.

## 1.2. La fe en el sistema democrático.

Desde el atril del Grand Park de Chicago, frente a 240.000 personas y millones de espectadores, con un rostro serio, tranquilo y persuasivo, Barack Obama habló a América y al mundo así: “Si todavía queda alguien por ahí que aún duda de que Estados Unidos es un lugar donde todo es posible, quien todavía se pregunta si el sueño de nuestros fundadores sigue vivo en nuestros tiempos, quien todavía cuestiona la fuerza de nuestra democracia, esta noche es su respuesta”.

Estados Unidos es un país que se siente orgulloso de su sistema político. De su democracia, desarrollada de forma ininterrumpida desde la aprobación de la

Constitución de 1789 en los mismos términos que la propia Carta establece. Este sistema político se ampara en tres pilares fundamentales.

#### a) Legitimidad

Para los firmantes de la Declaración de Independencia que representaban a los trece primeros Estados independientes (Rhode Island, Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut, Pensilvania, Massachussets, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Georgia, Maryland, New Hampshire y Delaware), la legitimidad de la separación de la metrópoli se encontraba en el derecho de los ciudadanos a rebelarse contra un Gobierno injusto. En los siguientes términos lo recoge el texto: “Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la Vida, la Libertad, y la búsqueda de la Felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se haga destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno que se funde en esos principios, y a organizar sus poderes en la forma que juzgue...” (Íbidem: p. 67, nota 1).

Estos principios se inspiraban en la filosofía de John Locke<sup>1</sup>, padre del liberalismo político anglosajón, y se basaban en que la representación política era un derecho legítimo de aquellos ciudadanos que aportaran al Estado impuestos en virtud de las rentas que generaba su propiedad o su actividad. Sin embargo, los colonos americanos, que contribuían con sus impuestos y tasas al erario de la metrópoli europea, no tenían representación directa en las instituciones inglesas. Además de los diversos agravios cometidos por la corona, a los cuales se refiere Thomas Paine en su panfleto propagandístico *Common Sense*, esta justificación doctrinal legítima, a juicio de los norteamericanos, a un pueblo para iniciar una revolución en contra del poder establecido lo cual traería consigo la ruptura de la relación colonial con Inglaterra y la consiguiente independencia del país.

En esa legitimidad de los gobernados para elegir su propia forma de gobierno, se fundamentará en 1918 el Presidente Wilson para contemplar como un principio básico de la convivencia internacional, el derecho de autodeterminación de los pueblos, incorporado posteriormente por los Pactos Internacionales de Derechos firmados en 1966, y siempre entendido como la decisión común de un pueblo colonizado por otro Estado o incapaz de manifestar su voluntad por cauces democráticos. El derecho de

autodeterminación, ejercido por los colonos frente al imperio británico, sería el más sólido antídoto contra el colonialismo histórico. Los americanos, aprendiendo de su propia historia, lo trasladaron al resto de la sociedad internacional, aunque no siempre haya sido aplicado con justicia y acorde con su principio legitimador.

#### b) Republicanismo.

El republicanismo en Estados Unidos se entiende como la forma de gobierno de los Estados que establece y hace efectiva la soberanía del pueblo. La Monarquía había representado hasta entonces la conculcación de esa soberanía y los norteamericanos entendieron que para construir un sistema original que la defendiera como principio político, la entidad capaz de consolidarlo era una nueva República. Una república tan original, que solo podía encontrar referencias equiparables en la República Suiza de la época.

A esta República de talante burgués, resultante del proceso revolucionario y de una década de transición confederal, se la conoció como la Unión. La Unión era realmente una Federación de Estados independientes que conservaban su capacidad ejecutiva, legislativa y judicial y que se unían en virtud de unos intereses comunes a través de unas instituciones democráticas, contempladas en la Constitución republicana<sup>2</sup>. Estas instituciones, garantes de las libertades de los ciudadanos por encima de los Estados de origen, eran y son tres:

*La Presidencia:* Encarnada en la figura del Presidente, cargo elegido cada cuatro años por los votos de los electores, representantes designados en cada Estado, en número proporcional a la población de cada uno de ellos y a su vez elegidos directamente por los votantes populares. Es por tanto un sistema de elección indirecta que se justificaba en la época ante la imposibilidad de que todos los ciudadanos pudieran conocer al candidato.

*El Congreso:* Institución compuesta por dos cámaras legislativas. La Cámara de Representantes, elegida por sufragio directo, y el Senado, cámara de representación territorial donde los votantes de cada Estado eligen a dos senadores por cada uno de ellos. En principio se buscaba que la representación legislativa tuviera una cámara para los individuos y otra para los estados. Sin embargo el robustecimiento del bipartidismo ha transformado a ambas cámaras en instituciones partidistas, divididas según criterios estrictamente ideológicos.

*La Corte Suprema.* Hace las veces de Tribunal Supremo y de Tribunal Constitucional y cuyos miembros son elegidos por los representantes del Congreso.

### c) Democracia

La democracia es el gran valor político de los Estados Unidos. Funciona desde los niveles más altos de la Administración a los menos relevantes cargos locales. Este sistema de organización política permite la alternancia en los cargos, la discusión política sobre los asuntos públicos, el control de los poderes etc. Aspectos todos ellos que hoy conocemos en España, pero que los americanos llevan ejerciendo desde hace más de 200 años. La progresiva democratización histórica de los principales países occidentales, han convertido a Estados Unidos — desde el pensamiento del propio Tocqueville — en una referencia política a pesar de ser un país joven. La democracia es la gran lección de los Estados Unidos a sus vecinos y rivales.

El sistema democrático se expande por el país a medida que se extiende la colonización del territorio. Con él va creciendo también la confianza de los americanos en sus instituciones. El profesor Palomares afirma que la nación americana adquiere incluso un carácter sagrado al no haber en los siglos XVIII y XIX ninguna religión oficial. La nación se erigía como el gran espacio de fe que permitía en su seno el culto de todas las demás creencias. Pero la nación era en sí misma una fe común en la democracia. Podemos decir que la democracia y el espíritu nacional americano están de alguna manera fundidos. Esto es patente en la primera literatura del país. La atención de J. F. Cooper no se limitó al pionero, a los bosques y a las praderas, sino que su personalidad liberal le llevó a otros ámbitos más cercanos. En *El espía* (1821) aborda el tema de la lucha entre partidos, y en *El demócrata americano*, expone sus puntos de vista sobre la política y la sociedad.

El siglo XX, es el siglo de la lucha en el mundo de los Estados Unidos en defensa de la democracia. En la primera Guerra Mundial, los americanos intervinieron en 1917 (después de largas disputas internas en torno al aislamiento o la intervención en el conflicto), y lo hicieron, al menos así lo decía su propaganda, para luchar en favor de la democracia contra el autoritarismo de los Imperios Centrales. Sobre la postura de los norteamericanos ante el lejano conflicto europeo al otro lado del Atlántico, nos ilustra Howard Hawks con *El Sargento York*. En la segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos volvieron a intervenir, en este caso para luchar contra el nazismo, cuyo principal enemigo era la democracia. Entre las muchas películas que Hollywood ha dedicado al tema citamos una de las últimas rodadas: *Salvad al soldado Ryan*, de Steven Spielberg. En la segunda mitad del siglo XX el país mantiene el pulso de la guerra fría con el

bloque comunista y cuando ganan la pugna en 1989, impulsan la democracia como valor universal de entendimiento entre los pueblos.

Pues bien, la contrapartida que ha generado esa admiración por el sistema político con el que se gobiernan, por esas leyes que se han dado a sí mismos y que internacionalizan en el mundo, es la violencia que han utilizado en su defensa. Violencia para mantener las leyes, que se remonta a los orígenes de la colonización del Oeste, donde no llegaba el brazo del orden y la legalidad era defendida con dureza por hombres violentos, cuya única legitimidad eran aquellas placas de *marshalls* y *sherifs*, muchas veces obtenidas en condiciones oscuras e injustificables. La línea entre el bien y el mal era apenas perceptible y la fórmula para imponer el orden se encontraba en ajusticiamientos violentos y en linchamientos populares. La filmografía sobre estas temáticas es muy abundante, como lo son los personajes que representan. Héroe al estilo de Wyatt Earp o villanos como Jesse James son redescubiertos en cada nueva versión. Hemos escogido el clásico *Duelo de titanes* de John Sturges, en el que se puede apreciar el fino aunque sólido hilo con el que la ley era defendida en aquella época.

La violencia en la defensa del sistema se manifiesta hoy día a través de la recurrente atrocidad de la pena de muerte y a través de una concepción fría y ejemplarizante de la aplicación de la justicia. Decenas de ejecutados cada año y un millón y medio de presos, son los trágicos datos que ensombrecen la soberbia de un admirable sistema político. El cine también ha llevado a la pantalla este asunto tan polémico. La película clásica que lo aborda es *Doce hombres sin piedad*, de Sidney Lumet, objeto de análisis en numerosos cine-clubs desde que fue rodada en 1957. Sirva también como referencia cultural la figura de Truman Capote, escritor maldito para la conciencia americana, que describió en la novela que lleva precisamente ese título, *A sangre fría*, llevada al cine por Richard Brooks, la gélida estampa de la fusión entre el asesinato y la condena legal, cuando el ser humano decide utilizar la violencia como recurso extremo, pero aún así, miserable.

El recurso a la violencia además, ha gozado, digamos, de un éxito histórico en periodos y circunstancias en las que el sistema ha resultado agredido desde el exterior. La lucha revolucionaria contra la tiranía inglesa resultó victoriosa; la defensa de la joven República frente a un intento de reconquista inglés en 1812 resultó victoriosa; el combate en contra de la Secesión de los Estados del Sur en 1861, también resultó victorioso para el Norte dominante. Ya en nuestro siglo, el recurso a la violencia para defender primero y universalizar después los principios democráticos en el transcurso de las dos guerras mundiales, se saldó con sendas victorias<sup>3</sup>. Se diría que la Historia

justifica en estos casos lo que la moral no puede: la inhumanidad con la que el Estado americano ha lanzado bombas atómicas o la sangre fría con la que sus verdugos aplican inyecciones letales y que constituye la más grande contradicción de la acción política de los Estados Unidos en el momento actual.

En el siglo XXI, la falta de éxito de la intervención militar americana fuera de sus fronteras a pesar de su superioridad armamentística — en un mundo en que la violencia ya no es la consecuencia del enfrentamiento en guerra convencional de dos ejércitos — sitúa a la opinión pública americana ante la necesidad de redefinir su estrategia de defensa en busca de la eficacia y también sus valores doctrinales en materia de seguridad. Durante los recientes mandatos del presidente Bush, el uso de la fuerza como instrumento y doctrina para defender y extender la democracia ha entrado en crisis. La intervención en Afganistán, que contó con un masivo apoyo internacional tras los atentados del 11S de 2001, y la posterior guerra de Irak en 2003, cuestionada desde un principio y rechazada por países aliados de Estados Unidos y por organizaciones internacionales, han puesto en entredicho la legitimidad y la propia eficacia del recurso de la violencia unilateral en la resolución de conflictos. En la guerra de Irak, la contestación exterior ha venido motivada por la falta de justificación de los motivos y objetivos del conflicto y ha significado el fracaso de la doctrina neoconservadora de la imposición de la democracia. Pero las críticas internas de la prensa, la oposición política y buena parte de la sociedad se han generado al advertirse la desproporción en el uso de los medios coercitivos que han ocasionado episodios como los ocurridos en Guantánamo o Abú Grahیب en donde la tortura y la falta de respeto por los derechos humanos fundamentales han hecho su aparición, terminando con el crédito patriótico que los norteamericanos parecían haber otorgado a la administración Bush en la lucha contra el terrorismo internacional. El resultado de este masivo cambio de opinión se ha traducido en decenas de miles de votos que han reflejado un deseo de cambio en los principios que deben inspirar la acción internacional de la nueva administración.

### 1.3. La aplicación del liberalismo doctrinal

La mentalidad de los Estados Unidos está íntimamente ligada al concepto de liberalismo en sus planos político y económico.

El liberalismo político se asienta en el principio de la igualdad de los ciudadanos ante la ley. En sus orígenes este principio se articulaba mediante el sufragio censitario defendido por el Partido Federalista de Washington, Hamilton y Adams, y aceptado por el partido Demócrata Republicano de Jefferson, Madison y Monroe. La filosofía del

sistema censitario consistía en concebir a todos los ciudadanos como iguales ante la ley, aunque la ley la hicieran unos pocos. En la mayor parte de Europa los ciudadanos no eran iguales ante la ley porque el acceso a la propiedad estaba limitado y además regían privilegios de sangre. En Estados Unidos, no era así.

El sufragio censitario fue ampliado también a los trabajadores por el Presidente Jackson (1824-1832), quien incorpora la idea de *democracia igualitaria*, asumiendo el originario partido jeffersoniano al que pertenecía, el nombre de partido Demócrata con el que hoy le conocemos. Sin embargo el sufragio universal masculino no se establecería hasta finales de siglo.

No obstante, la idea igualitarista en el sentido político americano tenía y sigue teniendo el significado de igualdad de oportunidades y no el de justicia social, que se impondrá en Europa en la segunda mitad del siglo pasado, cuando la doctrina marxista y los desequilibrios económicos hicieron tambalearse algunos postulados liberales. Así, el igualitarismo en Estados Unidos se entiende como la posibilidad de progresar en el marco de unas leyes abiertas. Motivo que contribuye sin duda al hecho de que los partidos socialistas hayan sido fenómenos residuales en el país y de que la flexibilidad laboral se mantenga como una tradición legislativa que premia el esfuerzo y la capacidad individual, al tiempo que ha servido al desarrollo de la libre empresa<sup>4</sup>.

Por otro lado, la igualdad ante la ley también es entendida en su origen como la igualdad de los Estados grandes y pequeños en el seno de la Unión. Idea también impulsada por la política exterior americana en el siglo XX, primero en el diseño de la Sociedad de Naciones en 1918 y después incorporada a la estructura de las Naciones Unidas, en cuya Asamblea se sientan los Estados en pie de igualdad<sup>5</sup>.

Por su parte, el liberalismo económico se asienta en la idea de que toda persona es libre para poseer e intercambiar productos en un mercado único sin trabas al comercio. En esa situación es el propio mercado quien dicta las leyes de la oferta y la demanda, sin que el Estado intervenga en esa dinámica nada más que para posibilitarla. El comercio libre es desde la época colonial un deseo profundo del sistema económico americano, aunque, en el terreno del comercio internacional, chocará en determinados momentos históricos con los intereses proteccionistas de la industria, hasta que ésta alcanza los niveles de desarrollo suficientes como para competir en el exterior. La no intervención del Estado en la economía es una máxima política que solo las necesidades históricas se han encargado de matizar en periodos concretos como el de la Gran Depresión, cuyo drama y los efectos de la intervención del Estado fueron descritos por John Ford en *Las*

*uvas de la ira*, inspirada en la novela de protesta social más sensacional de la década de los veinte, escrita por John Steinbeck (otro representante de la “generación perdida”) con el mismo título en 1939, donde se narran los avatares de una familia de Oklahoma en busca de nuevas tierras en California donde sobrevivir. El éxodo de esta familia está ya muy lejos de la epopeya de la frontera del siglo XIX. El mismo autor había escrito dos años antes una obra de contenido similar en una atmósfera de violencia campesina: *De ratones y de hombres* (1937), también adaptada al cine posteriormente con el mismo título por Gary Sinise en el año 1992.

El libre comercio con el exterior puede considerarse como la razón última de la proyección imperialista americana a finales de siglo XIX. La búsqueda de nuevos mercados en Asia y América Latina puso en efecto en marcha la conocida *diplomacia del dólar* impulsada por los presidentes T. Roosevelt y Taft. De forma similar lo contemplarán también los 14 puntos de Wilson que defienden el libre comercio, o la propia política de Clinton durante sus dos mandatos en la última década.

El liberalismo también tiene una contrapartida en su doble sentido: político y económico. Políticamente el reverso del liberalismo es obvio. Si la ley es igual para todos los ciudadanos pero existen determinadas clases sociales, grupos o etnias que no son contempladas por aquella, se produce una *discriminación*. De esta manera las sucesivas ampliaciones del sufragio, más ambiciosas que las europeas, se adaptaron a las reclamaciones históricas de la sociedad contemporánea. Algo equiparable ocurrió con la reclamación del voto femenino. Las mujeres americanas, desde mediados del siglo XIX iniciaron un movimiento social de reivindicación que abarcó desde los derechos laborales y políticos hasta las propias formas individuales de dignidad y respeto. Así lo muestran las resoluciones del manifiesto de Seneca Falls (1848), primer texto de carácter feminista en la historia de Estados Unidos. En Europa, tan solo en Inglaterra aparece un movimiento feminista tan temprano, estableciéndose entre ambos un significativo intercambio de influencias, ideas y publicaciones. Aunque el voto de la mujer no se reconoce hasta 1920, el Estado de Wyoming fue el primer lugar del mundo en admitir el voto femenino en 1869.

Pero la más dolorosa e indignante discriminación legal en los Estados Unidos se produce contra la población de color. El movimiento abolicionista que se desarrolla en el país a partir de 1840 provoca una actitud de rechazo en los Estados del Sur, para quienes los esclavos eran la mano de obra agrícola. Las disputas económicas y políticas entre el emergente Norte industrial y el Sur tradicional desembocaron en la ruptura de la



Unión y la subsiguiente guerra de Secesión. El primer conflicto serio de la joven república fue esta guerra, que inaugura la segunda mitad del Siglo XIX y es el crisol donde fragua un espíritu nacional nuevo. En el enfrentamiento civil se ventiló el problema de la esclavitud. Un problema con un antecedente narrativo memorable, *La cabaña del Tío Tom* (Harriet Beecher-Stowe, 1852) que sensibilizó a la opinión pública en favor de los derechos civiles de los negros, llevada a la escena en varias ocasiones. Pocos libros, quizá ninguno de la literatura norteamericana, ha tenido tanto impacto social como la historia creada por la escritora de Connecticut. Primero se publicó como folletín en la revista *National Era* y luego se editó alcanzando unas ventas de 10.000 ejemplares en una semana y 300.000 en un año. Harriet se mostró incluso sorprendida por el éxito de la novela que trascendió las fronteras y la llevó a Inglaterra en 1853 donde fue recibida como una celebridad. Más tarde se traduciría a cuarenta idiomas a través de los cuales el mundo empezó a darse cuenta de que los norteamericanos podían resultar — como señala Paul Johnson — “moralmente sospechosos” al conjugar la estricta moralidad que predicaban con la esclavitud que permitían. Junto a Beecher-Stowe otros muchos escritores y propagandistas de la época denunciaron la situación de los esclavos en lo que se convertirá en un verdadero movimiento antiabolicionista que estuvo en la esencia del enfrentamiento civil (1861-1865). Entre otros Henry David Thoreau, precursor de la conciencia ecológica de la que luego se hablará, quien denunció en *John Brown* la historia del legendario rebelde negro ahorcado en 1859. En el marco de esa guerra civil se disipan los Estados Unidos dieciochescos y se imponen los criterios de una reforzada Unión en la cual, a la moralidad de los Estados libres le sucede la moralidad de los hombres libres e iguales que la Unión representa. En este ambiente político Lincoln promulga la ley de Emancipación de los esclavos en 1863. Su partido, el Republicano, será el que dirija desde entonces el destino del país prácticamente hasta la primera guerra mundial. John Ford en *El joven Lincoln* nos expone el periodo de juventud del Presidente, durante el cual se van conformando sus ideales al tiempo que ejerce su profesión de abogado.

Lamentablemente, ni tan siquiera una sangrienta guerra que provocó 600.000 muertos consiguió cambiar mentalidad racista de una parte de los norteamericanos. Una mentalidad que arranca — como apuntábamos al principio de este capítulo — de una concepción inicial de los primeros protestantes del Sur sobre el negro de África comprado, como mano de obra, un ser sin alma, sin sitio en el orden humano, reducido a un bien mueble. Un siglo después los negros seguían siendo discriminados en

escuelas, universidades, establecimientos y edificios públicos de algunos Estados del Sur. Luther King enarboló entonces la bandera de la protesta pacífica para terminar con 300 años de injusticia racial y crimen. Su vida fue segada por ese mismo odio irracional en 1968, aunque sus palabras, como un sueño, han perdurado. También ha perdurado por desgracia, la discriminación social por razones de raza en aquel país, manteniéndose vivo y acuciante el reto de la igualdad sin discriminación por razón de raza para la sociedad estadounidense. Pasaron cien años desde la Ley de Emancipación de Lincoln hasta el asesinato de M. L. King; un siglo de dura lucha y de lento avance que hacen que la igualdad sea aún para él un sueño. Han pasado otros cuarenta años desde su desaparición; la lucha ha seguido y su sueño parece empezar a hacerse realidad con el paso adelante dado por los americanos en las elecciones de 2008, pues verdaderamente, el triunfo de un candidato afroamericano en las elecciones presidenciales americanas parece un sueño.

La literatura y el cine recientes han denunciado la tortura racial que han padecido las generaciones de personas de color en su proceso de adaptación a la vida americana en plenitud de derechos. Las reclamaciones de participación electoral; la vida en los guetos que aún hoy día son delimitados por la pobreza asignada a la minoría afroamericana; la lucha de personas concretas en defensa de sus derechos y libertades y las de sus seres queridos ha constituido temáticas recurrentes en el cine americano. El sufrimiento generacional y la necesidad de construir una identidad propia, ajena a estas actitudes sociales, judiciales y políticas han sido las principales motivaciones para que la sociedad de color desarrollara en las últimas décadas del siglo XX la denominada cultura afroamericana. Toni Morrison ha representado como pocas escritoras los valores que han soportado en su interior tantos millones de americanos negros. En novelas como *Beloved* y *Jazz*, la escritora, como un siglo antes su antecesora blanca de Connecticut, ha vuelto a grabar con el fuego de su talento literario el recuerdo del horror al hombre blanco que solo la muerte y el infanticidio incluso, en el caso del personaje de *Beloved*, podían mitigar. Jonathan Demme dirigió la versión cinematográfica en 1998.

El cine ha sabido recurrir al humor para hacer en ocasiones más comprensibles estos dolorosos sentimientos. Una de las comedias inolvidables de Tracy y Hepburn, *Adivina quien viene esta noche* de Stanley Cramer, nos hace una amable exposición del problema de la integración racial y un resumen magistral de su razón y sinrazón en la escena final de la película a cargo del juez que interpreta Tracy.

Obviamente la discriminación provocada por este liberalismo en su faceta económica, ajeno a la justicia social en el sentido que le ha dado Europa, siembra la marginalidad en torno a los ciudadanos que el darwinismo social del sistema selecciona como los menos capaces. Una marginalidad que en el transcurso de los periodos de máximo dinamismo liberal (reaganismo por ejemplo) crece ante los insuficientes gastos sociales del Estado. Charles Chaplin creó el insuperable personaje de Charlot, exponente de la marginación sufrida por un vagabundo incapaz de subirse en el tren del progreso y de adaptarse al ritmo de los tiempos modernos, título de uno de sus films. Su personaje es la metáfora humorística del americano desarraigado no solo por su origen, sino por su tránsito a través de la nación en busca de oportunidades y por su propia miseria material que le convierte en un solitario, en un *homeless* que yace en las esquinas de las calles de las grandes ciudades. Cuando en diversos momentos del siglo XX, las crisis económicas o el desajuste entre salarios medios y bajos que no corrige el libre mercado, han hecho su aparición en la economía norteamericana, cientos de miles de Charlots en todo el país se han refugiado en el alcohol y en el delito para no perecer sobre el frío asfalto.

#### 1.4. La mitificación de la tierra

La tierra, a la que se refieren frecuentemente los textos políticos y los ensayos intelectuales estadounidenses, representa un verdadero símbolo en el país. La tierra, como señala St. John de Crevecoeur, era un espacio abierto y al alcance del pionero y del inmigrante, para quienes representaba una propiedad accesible, porque la propiedad no estaba parcelada por privilegios ancestrales como ocurría en Europa. Se repartía entre los colonos y a partir de ahí, se convertía en el pilar de su estabilidad. La idea de la tierra simboliza asimismo a cualquier bien económico con el que iniciar una nueva vida de prosperidad.

La tierra, por otro lado, representa el territorio nacional. Sobre él escribía el Presidente Lincoln en 1862: “Se dice que una nación está formada por su territorio, su pueblo y sus leyes. El territorio es lo único que es de algún modo imperecedero. Una generación pasa, otra más llega, la tierra empero permanece por siempre” (Mensaje anual del Presidente al Congreso en 1862).

Ese carácter trascendentalista de tierra y territorio lo recoge por ejemplo el historiador Jackson Turner llegando a afirmar que “la democracia nace en los bosques americanos”. Afirmación que no resulta pintoresca en este país pero que resultaría ininteligible en otras culturas. No se puede quizá comprender el espíritu de los Estados Unidos sin conocer la obra maestra de Henry David Thoreau, *Walden o la vida en los bosques*

(1854), obra que mitifica como ninguna otra el contacto con la naturaleza y la fascinación que ocasiona la colonización de tierras vírgenes. El poema *Hojas de Hierba* (1855) de Walt Whitman y la obra *Hiawatha* de Henry Wadsworth Longfellow de ese mismo año, completan la génesis literaria de una verdadera pasión americana por el medio ambiente y posteriormente de la aparición de los movimientos ecologistas.

Jack London (1876-1916) — quizá el último representante de la literatura del XIX aunque publicó en el XX — es un escritor que estimula el espíritu de aventura en sus escritos, alejados aún de la literatura conversacional e intimista del XX, más lírica, menos ocupada de los temas epopéyicos de los pioneros que pusieron las bases de la sociedad americana. Él mismo vivió con vocación aventurera. En *La llamada de la selva* (1903) presenta una alegoría de la supervivencia darwiniana en la que un perro doméstico manda una manada de lobos. Retoma el tema en *Colmillo Blanco* (1906), aunque a la inversa: la inserción de un perro salvaje en el mundo, llevada a la pantalla en varias ocasiones.

Con este espíritu trascendente presente en la sociedad, es más fácil entender la importancia capital que le dieron los dirigentes americanos a la expansión del país hacia el Oeste. En el panorama de la primera mitad del siglo XIX, aparte de las narraciones de Cooper y Hawthorne, relativas a la colonización y conquista pionera, nunca se había visto que los escritores optaran por asuntos típicamente norteamericanos, y aun en estos dos autores, sólo los temas delatan lo autóctono. El periodo fundacional literario coincidía así con el político hasta la época de la fiebre del oro de California (1848). El adversario del pionero estaba identificado: los indios de las praderas, que ponen a prueba su valor. Conquistado el Oeste, el trampero, convertido en pionero, se transformó en colono, agricultor o ganadero. Intereses sociopolíticos coinciden con los objetivos literarios. La tarea común: cortar lazos con la metrópoli y fraguar unas señas de identidad.

El profesor H. Sánchez Barba sitúa esa primera fase de expansión en el periodo 1824-1865, la época simbolizada por el concepto de *frontera*, que se iba extendiendo progresivamente hacia el Pacífico. La fórmula práctica de colonización, fue la del reparto previo de tierras entre la población, que se organizaba social, política y económicamente, y cuando alcanzaba un nivel aceptable de desarrollo, solicitaba su ingreso en la Unión como un Estado más en igualdad de condiciones que los anteriores. Estos repartos de tierra fueron relatados de forma extraordinaria en la película *Cimarrón*

de Anthony Mann, donde se aprecia el espíritu indomable de los pioneros pero también los sinsabores humanos que ocasionaba aquella forma de vida.

Ohio, Indiana, Illinois, Michigan y Wisconsin fueron los cinco primeros estados en sumarse por este procedimiento a la Unión. El proceso no concluiría hasta que en 1893 las dos Dakotas ingresaron finalmente en los Estados Unidos. Los otros dos procedimientos para adquirir territorios fueron la compra (Florida a España, Alaska a Rusia; La Luisiana a Francia) o la guerra (Nuevo Méjico, Arizona, Colorado y California se le arrebatan a Méjico6).

El concepto de frontera se transforma en la etapa de 1865-1900. En la filosofía de la sociedad americana el idealismo trascendental es sustituido por un ferviente pragmatismo. Con él, el avance hacia el Oeste se vuelve más frenético: las guerras indias, se radicalizan; el ferrocarril, arrasa pastos y plantaciones; las ciudades del medio oeste crecen y se industrializan. Paralelamente, al comenzar la guerra civil la literatura estaba preparada para una nueva etapa. La obra literaria de Melville y Twain se aleja definitivamente del romanticismo; sus temas, sin perder su esencia nacional, se universalizan y universalizan con ello sus rasgos nacionales.

En Melville (1819-1891) confluyen la epopeya y la búsqueda del absoluto de un alma puritana, elaborando una literatura alegórica y arraigada en el espíritu del pueblo americano. El tema de *Moby Dick* (1851) no es diferente de los relatos de aventuras de su tiempo, pero aquí el capitán Akab y la ballena son arquetipos cuya apariencia desdice su designio para ser traslaciones demoníacas de una realidad superior, y la tripulación es metáfora de la sociedad americana, ávida y hostil. Todo, la industria ballenera, la astucia comercial, la peripecia de los balleneros, se revela como la metáfora central del hombre, como tentativa suprema del yo. La pertinacia del capitán es un homenaje a la diosa de la venganza, y se salda, precisamente, con la muerte del vengador. Para el puritano Melville, la ausencia de Dios en el alma del capitán no es sólo analogía del mal, de la que es arquetipo la ballena perseguida, sino de la muerte del hombre, de la nada. Con *Moby Dick*, la joven literatura americana trasciende lo nacional y alcanza la altura de la palabra universal. La inolvidable interpretación de Gregory Peck en la recreación cinematográfica que dirigió John Huston en 1956 nos recordará siempre esta grandiosa epopeya de balleneros que, como el mito de la caverna platónica, es símil de la condición humana.

Aquella mítica y lejana frontera se convertiría, en el último tercio del siglo XIX, en otro concepto: el *Destino Manifiesto*. La grandeza de Estados Unidos no son ahora sus

inmensas praderas sino su inmensa riqueza, población, tecnología y capacidad de progreso. El destino manifiesto es expresión de un nuevo espíritu: La nación, tras un siglo de vida independiente, no se limitará exclusivamente a conquistar un Oeste ya conquistado, sino que se propone tomar parte, como la gran nación libre que ha llegado a ser, en el concierto internacional. Decíamos que con Mark Twain (1835-1910) se afianza el realismo literario en EE UU. En él observamos las consecuencias del conflicto civil en una literatura ya adulta en un país que está en marcha hacia el Oeste, fraguando una gran expansión económica. En *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn* nos narra las travesuras de dos niños que son contra-imagen y complementos uno de otro, y realiza a través de sus aventuras un análisis de los problemas del país, sobre todo el problema racial, si bien su estilo sencillo, que recurre al humor y a la ternura para acentuar los rasgos picarescos de sus personajes, hace de él un autor cuyo público es mayoritariamente juvenil. Esta característica es la que ha predominado en las adaptaciones de sus obras al cine.

Twain rememora en estos dos libros su juventud a orillas del Mississippi y sus tiempos felices de capitán de uno de los barcos que lo navegaban. Un trabajo que hubo de abandonar cuando estalló la guerra civil, que paralizó el tráfico comercial por el río. Antes de la guerra el río era “frontera” y dejó de serlo después. El escritor mira con nostalgia un mundo que ya es pasado y lo rescata para la memoria colectiva.

Ahora, con este nuevo proyecto nacional, el *Destino Manifiesto*, aparece entre algunos políticos de finales del XIX la aspiración imperialista. Un imperialismo también particular, si lo comparamos con el europeo porque Estados Unidos no necesitaba extender su territorio, ya vastísimo, sino extender por el mundo unos intereses económicos y unas ideas políticas. La guerra contra España (1898), la intervención diplomática en el Norte de África y la participación en la lucha contra la revuelta de los “boxers” en China, son tres hechos históricos que sirven de ejemplo para confirmar la entrada de los norteamericanos en el juego de las grandes potencias de final de siglo antepasado.

Tras la segunda guerra mundial, estas motivaciones políticas y económicas, propiciarían la presencia americana a escala planetaria, instalando bases militares en distintos puntos estratégicos, creando alianzas e influencias diplomáticas y mundializando sus mercados. El proceso de globalización que hoy conocemos no es más que la extensión de esa dinámica exterior, pero en este caso, podríamos decir que digitalizada, pues la tierra del siglo XXI, considerada como bien material, es la información. No obstante, la tierra

como bien en sí misma ha recobrado fuerza en los últimos años y se ha reconstruido el valor de su tratamiento y protección con el desarrollo de la campaña mundial en contra del cambio climático. Esta campaña, liderada por el ex vicepresidente Al Gore y por grupos ecologistas americanos, ha conseguido revitalizar el movimiento verde que después de las múltiples iniciativas de los años 90 parecía haber perdido protagonismo mundial. Los candidatos en 2008 entendieron la importancia de este movimiento y el tema ha sido recogido en la mayor parte de los programas electorales con más o menos prioridad.

Pero el cambio climático es una propuesta con mucho más largo recorrido. Gracias a él, la nueva administración americana podrá presentar al mundo una imagen de Estados Unidos limpia, global, respetuosa con los derechos humanos a través de la sostenibilidad del progreso y capaz de dar un nuevo impulso a los valores civiles. Líneas todas ellas radicalmente opuestas a la ideología neoconservadora que ha conducido los años de la administración Bush, y capaces a su vez de generar un nuevo liderazgo norteamericano y de reactivar sectores económicos como el energético, así como servir de argumento para establecer limitaciones en tratados comerciales y prácticas nocivas con el medio ambiente. La tierra ha vuelto también con Obama a recobrar un protagonismo que nunca había perdido en Estados Unidos pero que quizá nunca fue tan manifiesto desde el punto de vista político como ahora.

Pero a este cuarto principio se le contraponen un cuarto fenómeno, el militarismo utilizado por los Estados Unidos en la defensa de su segundo gran mito, el territorio. La protección de sus tierras y, extrapolando el concepto, de sus intereses generales, ha abocado al ejército americano (como a las milicias de los colonos de la primera época) a una frecuente movilización para participar en conflictos bélicos u otras situaciones de vigilancia, control o asesoramiento en multitud de circunstancias internas o externas. El militarismo se ha apoyado desde sus inicios en la aplicación eficiente de la tecnología a la defensa, fenómeno que ha degenerado tradicionalmente, pero profusamente después de la segunda guerra mundial, en un desenfrenado armamentismo apoyado por los argumentos políticos de la Guerra Fría. Los rifles de repetición y los cañones devastaron a las tribus indias; el uso del ferrocarril, del telégrafo o de los barcos acorazados, multiplicó las bajas en la guerra entre el Norte y el Sur; el armamento nuclear que poseen los Estados Unidos en nuestros días y sus dispositivos de lanzamiento, sería capaz de destruir completamente a la humanidad varias veces. El subgénero cinematográfico de la guerra de Vietnam ha creado verdaderas obras maestras sobre el

horror del belicismo y del uso indiscriminado del armamento de combate. *Apocalypse now* de Francis F. Coppola es un exponente de este argumento.

De nuevo la paradoja se repite. El americano medio, que defiende moralmente su tierra, es transformado por el poder de sus intereses en el desquiciado *cowboy* que se lanza hacia el abismo montado sobre una bomba de hidrógeno, imagen que percibió magistralmente Stanley Kubrick en su película *Teléfono Rojo* y que para muchos analistas y ciudadanos se ha vuelto a repetir tras los trágicos atentados del 11S de 2001 en Nueva York y Washington.

#### 1.5. La participación a través de la opinión pública

Los americanos son gente que se asocia. Que se asocia y se interesa por los asuntos públicos, en los cuales interviene y sobre los cuales pretende influir. Antes incluso de obtener la independencia política los colonos ya creaban foros y papeles de debate manifestando una clara voluntad de opinar sobre sus realidades políticas más próximas. Al estar marginados de las discusiones parlamentarias de la metrópoli, estos canales alternativos de comunicación constituían una verdadera necesidad de aquellas comunidades. Destacados líderes de éstas, como Benjamín Franklin, fueron antes ilustres periodistas y polemistas, cuyas opiniones eran difundidas y contestadas.

En los prolegómenos de la revolución, numerosos periódicos se convirtieron en vehículos de transmisión de las ideas revolucionarias. Periódicos combativos y leales a la causa, que como en el caso del *Massachussets Spy* de Isahia Thomas, incluso se convertían en cajas de reclutamiento miliciano. Otro periódico de la época, el *Pennsylvanian Evening Post*, fue el primero en publicar íntegramente el texto de la Declaración de 1776.

El debate público se ha mantenido después. La propia estructura bipartidista que ha prevalecido en Estados Unidos desde su origen, enfrentó políticamente a antifederalistas y federalistas; luego a federalistas y demócratas republicanos; luego a demócratas y whigs; y finalmente a demócratas y republicanos. Estos partidos dominantes en líneas generales se crearon con una ideología próxima, claramente burguesa y liberal. Sus diferencias las han ido delimitando los diversos intereses que han defendido y su adecuación en cada momento a las demandas de la opinión pública. Y si bien es un lugar común la falta de discrepancia ideológica histórica entre los dos partidos tradicionales, una cierta radicalización en las dos últimas legislaturas republicanas ha provocado una notoria y prolongada fractura social que algunos analistas sitúan como heredera de las pugnas culturales que acontecieron en el final de la década de los 60 y



los años 70. En la pugna electoral entre McCain y Obama se puede reconocer una considerable moderación en los debates bipartidistas y la recuperación de las formas respetuosas en la discrepancia que parece augurar el final de dicha fractura y la convergencia de posturas en torno a temas cruciales para el inminente futuro americano y mundial.

Igualmente, el debate en el seno de la sociedad ha dividido históricamente a la población, y así, en el siglo XIX la esclavitud fracturó violentamente a los ciudadanos en dos tendencias enfrentadas: la abolicionista y la antiabolicionista. En el XX, hechos tan trágicos como la guerra de Vietnam movilizó a la opinión pública en contra de la presencia americana en el conflicto. La campaña electoral entre George W. Bush y Al Gore en 2000 volvió a sacar a la luz debates públicos como el que mantienen los americanos a favor y en contra del aborto.

No es por tanto extraño que en el país se le conceda tanta relevancia al significado de los medios de comunicación, que articulan la opinión y la difunden. La Primera Enmienda a la Constitución recoge precisamente el derecho a la libertad de prensa como un pilar básico del país. Y dice: “El Congreso no hará ninguna ley...que coarte la libertad de palabra o de imprenta, o el derecho del pueblo para reunirse pacíficamente y pedir al gobierno la reparación de agravios” (Boorstin, D. J. (1997): p. 135, nota 1).

Un clásico como *El cuarto poder*, de William Keighley, traslada a las imágenes toda la dimensión de esta Primera Enmienda, cuando un periódico en crisis dirigido por el personaje que representa Humphry Bogart, haciendo uso de su derecho a obtener y difundir información, termina con la carrera corrupta y delictiva de un intocable gangster.

El éxito de la prensa sensacionalista de Hearst y Pulitzer en plena efervescencia de la sociedad de masas; la capacidad propagandística del propio cine; o la influencia actual de las televisiones y de las grandes agencias americanas de noticias sobre el sistema informativo internacional, son fenómenos que revelan la fuerza real de sus medios de comunicación a lo largo de la historia, y ya no sólo a escala interna sino en un ámbito mundial. La más obvia representación de este poder de la prensa al que nos estamos refiriendo es *Ciudadano Kane*, de Orson Welles, inspirada precisamente en la peripecia vital del magnate William Randolph Hearst.

La fuerza de los medios se percibe asimismo en sus relaciones con los poderes a quienes condicionan y cuestionan hasta extremos tales, como para forzar determinadas políticas, o derribar dirigentes de cargos públicos relevantes. Tan relevantes como el propio

Presidente (Nixon) a causa del escándalo Watergate. Resulta obligada aquí la referencia a la película *Todos los hombres del Presidente* de Alan Pakula, relato de meticulosa precisión sobre aquella circunstancia histórica.

La contraprestación a este último principio es la manipulación. La sociedad americana recibe tal cantidad de información, tanta presión e influencias, que la opinión pública no tiene criterios suficientes para saber seleccionar temas e ideas y asumir consecuentemente acciones. La manipulación por parte de una agresiva periodista, de un hombre medio representante de la mayoría silenciosa, hasta hacer de él un líder artificial, es concretamente el tema del film *Juan Nadie*, de Frank Kapra.

Esta vulnerabilidad ante los medios tiene como consecuencia que el ciudadano americano pueda dedicar parte de su vida a defender causas que resultarían sorprendentes en otros lugares, y sin embargo pase por alto realidades tan sórdidas como las de los corredores de la muerte. Pero permite también la posibilidad de que ciudadanos, individuales o asociados, tomen partido activo en cuestiones de la más alta relevancia política. El ejemplo más reciente desde el punto de vista cinematográfico son los actuales documentales que han reaparecido como género creativo ideal para producir críticas incisivas contra el poder establecido a través de canales de comunicación y mensajes muy accesibles a la opinión pública. Michael Moore con su *Fahrenheit 9/11* se convirtió en el estandarte de una sociedad crítica con la política hegemónica del Gobierno Bush y con la guerra de Irak. Sus aportaciones como escritor sarcástico y como cineasta comprometido han desempolvado la América reivindicativa que parecía haberse diluido al dejarse de escuchar las canciones protesta de los años 60.

La campaña de 2008 pasará a la historia por muchos motivos. Entre otros, debido a su larga duración, porque Hillary Clinton y Barack Obama, conscientes del reto que significaba representar la figura política a través de la cual los Estados Unidos iban a afrontar el desafío real y global que iba a suponer el cambio de ciclo en el siglo XXI a partir del resultado en las Presidenciales, y que venían augurando los sondeos previos desde muchos meses antes de que la campaña oficial se iniciara.

Hillary y Obama, una experta mujer y un joven afroamericano, se batieron por la candidatura demócrata conscientes de que quien saliera nominado en la Convención de Denver tendría caso todas las papeletas de la historia para convertirse en el líder del deseado cambio. El nuevo terreno del debate estuvo trazado por la nueva mayoría que incluía a muchos miles de nuevos votantes, americanos del futuro: mujeres, minorías,

jóvenes, independientes, desencantados, moderados, discapacitados, adolescentes, activistas y trabajadores honrados.

Obama venció a Hillary en una recaudación de fondos, popular, directa y on line con la cual además de dinero el candidato de Illinois obtuvo imagen y adhesión ciudadana a unas propuestas que los votantes han considerado como propias. Hillary no supo arrebatarse al nuevo votante cautivado por el estilo de Obama y sin embargo éste sí fue capaz de encandilar también al demócrata tradicional.

La llegada del ticket McCain / Palin consiguió sin embargo, lo inimaginable. Movilizar al electorado republicano con un parecido mensaje de cambio. McCain ha sido capaz de resistir la acometida demócrata, y la diferencia final en votos y electores no ha significado una derrota de las ideas conservadoras sino más bien de una administración concreta que no se presentaba a las elecciones. La masa social republicana ha dado masivamente su apoyo a un republicanismo equilibrado, patriótico, históricamente fuerte y con un futuro también posible.

Pero John McCain no consiguió competir con Obama ni en los nuevos espacios electorales ni en los tradicionales. El demócrata venció en la red, donde una maquinaria de activistas y simpatizantes le convirtieron en líder de las redes sociales (Facebook) frente a su oponente, en el interés generado por sus vídeos, discursos e imágenes en YouTube, y en la extraordinaria plataforma de blogs afines a Obama que han ejercido como verdaderos altavoces globales de las virtudes del nuevo candidato. Por si esto fuera suficiente, el senador de Illinois junto a su compañero Joe Biden vencieron o resistieron la presión de los medios tradicionales en debates y entrevistas donde proyectaron una imagen de compenetración superior a la ofrecida por la pareja republicana. El tirón mediático de Obama además de sus fondos, le permitió liderar también los espacios televisivos y las páginas de los medios de referencia escritos más influyentes, con lo que la vitoria demócrata estuvo garantizada en todo momento tal y como confirmaron durante toda la campaña los sondeos.

Las propias circunstancias de la explosión de la crisis financiera terminaron de consolidar a Barack Obama que ha demostrado, junto a su equipo de campaña, una gran flexibilidad para encarar el día a día y una gran firmeza para no desorientar al receptor sobre los mensajes más cruciales. El mundo del candidato Obama es ahora real y no virtual y extraordinariamente problemático por cierto.

Vamos a desglosar por tanto a continuación algunos de las principales temáticas y resultados que la campaña ha ofrecido dejando al lector que juzgue las virtudes y

defectos del país sobre el que gira este estudio. Pero algunos aspectos parecen haber quedado claros después de estos ocho años convulsos y de esta histórica campaña. El liderazgo americano y los llamados valores morales, tan manidos por las últimas campañas electorales, no se conjugan bien con diversas acciones de la política de los Estados Unidos, ni el recurso a la violencia puede convertirse en el principio que defina la trayectoria histórica de un país que lidera un futuro global, democratizador y humanitario. No se puede entender América sin comprender estos principios ni construir una ciudad sobre ninguna colina sin la voluntad de unos americanos individuales. Y ésta no se consigue sin construir antes unos ideales universales.

## NOTAS

---

1 Conviene indicar que el profesor H. Sánchez-Barba encuentra fundamentaciones del pensamiento político independentista en la Escuela de Salamanca y coincide en ello con el profesor Steverlink de la Universidad Católica de Buenos Aires, quien plantea el siguiente razonamiento: El primer texto político americano, aunque aún colonial es la llamada *Fundamental Orders* del Estado de Conneticut que data de 1638, cuando John Locke, cuya influencia nadie discute, tenía seis años de edad. Este texto, conocido con toda seguridad por él, tuvo su inspiración en la obra de Francisco Suárez *Defensio Fidei Catholicae*, escrita en 1613, prohibida en Inglaterra y Francia por su carácter antiabsolutista y que pudo ser conocida por el clérigo puritano Thomas Hooker, que emigró a Massachussets en donde se convirtió en uno de los líderes de la segregación de la colonia de Conneticut que originó el citado texto. H. Sánchez-Barba también aporta algún dato de interés en este mismo sentido equiparando el originario carácter de la Unión con la Monarquía Católica de los Austrias respetuosa con las leyes de los diferentes pueblos y moderadora de todos ellos.

2 A pesar de la racionalidad del sistema político diseñado, algunos autores destacan el carácter aristocratizante en el que desembocó la dinámica de participación en las decisiones públicas, sobre todo en los Estados del Sur, donde las características de los asentamientos iniciales dieron lugar a una sociedad más estratificada. A ello contribuyó de forma determinante el sistema electoral censitario, que indudablemente generó un control de los mecanismos de poder por parte de los propietarios y terratenientes. Esa dinámica propició que los intereses de estas élites económicas se convirtieran en los principales asuntos de la vida política de la naciente sociedad. Sin embargo, en otros países europeos se producían en aquellas fechas situaciones similares igualmente motivadas por las limitaciones del sufragio que impidieron que la democracia se asentara hasta finales del siglo XIX.

3 No así ocurrió en Vietnam, donde EE.UU. cosechó su primera derrota en el uso de las armas en defensa de este sistema de valores frente a la amenaza del comunismo. Una gran lección que la historia dictó al pueblo americano sobre los límites de la victoria basada en el uso de las armas frente a otros pueblos, independientemente de los valores o intereses nacionales en juego.

4 Sobre la defensa americana de estos valores hasta el extremo de poner en tela de juicio la independencia de su propio sistema judicial tenemos la película del italiano

---

Montaldo, *Sacco y Vanzetti*, recreando aquel famoso caso de ajusticiamiento de dos anarquistas inocentes desde una óptica europea crítica.

5 No ocurre así en el Consejo de Seguridad donde determinados países tienen la capacidad de vetar decisiones, desestimándose el citado principio.

6 Por el mismo procedimiento le fue arrebatado Puerto Rico a España en 1898, aunque no fue integrado en la Unión, sino convertido en Estado Asociado.